

«VIA CRUCIS» NUEVO LIBRO DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER

Cuenta Santa Teresa cómo, tras dieciocho años de monja, se «convirtió» ante una imagen de Cristo muy llagado. La contemplación de la Pasión y Muerte de Cristo siempre ha conmovido a las almas grandes. Si a nosotros no nos remueve es porque, aunque sepamos de memoria esa página sangrienta del Evangelio, no la hemos aprendido con el corazón. Tal vez el secreto para sacudir esa indiferencia o rutina esté en «revivir» esas escenas, sin limitarse a recordarlas. Así ocurre en la nueva obra póstuma de Mons. Escrivá de Balaguer, un Vía Crucis que, al recorrer las estaciones de la Pasión, muestra también el camino para lograr la identificación con Cristo.

La devoción del Vía Crucis responde a una honda tradición en la vida cristiana. Ya desde los pri-

Vía Crucis

Josemaría Escrivá de Balaguer

Rialp, Madrid 1981

123 págs.

meros tiempos los cristianos veneraron los lugares relacionados con la vida y muerte de Jesús y, en cuanto la Iglesia alcanzó una paz estable, se multiplicaron las peregrinaciones a Tierra Santa. Esta devoción aumentó mucho en la época de las Cruzadas: de vuelta a sus países, los cruzados trajeron la idea de realizar algo que les recordara lo que habían visto y venerado en Jerusalén. Se erigieron así en muchos sitios «Calvarios» y «Vía Crucis» que ayudaban a los fieles a meditar la Pasión del Señor. Los franciscanos, encargados desde el siglo XIV de la custodia de los Santos Lugares, contribuyeron mucho a propagar esta devoción, alentada por los Papas.

EL SENTIDO DEL DOLOR

En este nuevo libro, el Fundador del Opus Dei comenta las es-

taciones del Vía Crucis con la fuerza y la hondura de quien plasma por escrito su oración personal. Los que han escuchado o leído las homilias de Mons. Escrivá de Balaguer conocen su capacidad para que el lector aprenda a meterse en los pasajes del Evangelio «como un personaje más», de modo que se sienta comprometido ante la vida y las enseñanzas de Cristo. También aquí reconstruye la escena de cada estación con trazos vigorosos, que ayudan a calar en lo que nos cuenta el Evangelio o nos ha llegado por tradición. Siguen después unos puntos de meditación, sucintos e incisivos, que, a partir de la escena que se contempla, abren horizontes para que el cristiano corresponda a la entrega del Hombre-Dios. Son como puntos de ignición para que prenda la oración personal, pues con este propósito fue preparado este libro.

Al recorrer la Pasión del Señor, se comprende que seguir a Cristo supone siempre encontrarse con la Cruz. Una cruz que no amarga, si se advierte su sentido sobrenatural: «Los golpes son necesarios para arrancar lo que sobra del gran bloque de mármol. Así esculpe Dios en las almas la imagen de su Hijo». Con esta perspectiva es posible afrontar el dolor y las contrariedades diarias sin aspavientos ni histerismo, con una sonrisa en los labios. En cambio, cuando falta este espíritu de sacrificio, el hombre se crea contradicciones superfluas: «¡Cuántos, con la soberbia y la imaginación, se menten en unos calvarios que no son de Cristo!».

JOSEMARIA ESCRIVA
DE BALAGUER

VIA CRUCIS

ALEGRIA Y CRUZ

Pero si la cruz se entiende como un medio de participar en la existencia de Cristo, entonces se convierte en signo de liberación, pues allí se encuentra «nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección». Esta convicción de la cruz como señal de victoria penetra todas las páginas del libro. Por eso, como dice en el prólogo don Alvaro del Portillo, «el Vía Crucis no es un ejercicio triste. Muchas veces enseñó Mons. Escrivá de Balaguer que la alegría cristiana tiene sus raíces en forma de cruz. Si la Pasión de Cristo es camino de dolor, también es la ruta de la esperanza y de la victoria segura». No hay mejor antídoto contra cualquier tentación de desesperanza que ver lo que Dios ha sido

JOSEMARIA ESCRIVA
DE BALAGUER



VIA CRUCIS

capaz de hacer para salvar al hombre.

El acompañar a Cristo en su Pasión siempre se ha considerado un eficaz recurso para moverse al arrepentimiento, al amor y al propósito decidido de mejora. Al contemplar cómo Cristo apura hasta las heces el cáliz que voluntariamente ha tomado, no es posible confundir la vida cristiana con un empeño mediocre. Se reaviva el espíritu de penitencia que, como advierte el autor, «está principalmente en cumplir, cueste lo que cueste, el deber de cada instante». Se comprende también que no cabe desentenderse de la tarea de llevar a otros el mensaje de Cristo: «Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas».

CULTURA Y COMUNICACION

SIGNO DE UNION

De este modo, la Cruz será siempre signo de unión, de comprensión, de perdón, y nunca de enfrentamiento: «No levantes jamás una cruz sólo para recordar que unos han matado a otros. Sería el estandarte del diablo». Por el contrario, el ideal del cristiano,

como el de su Maestro, será dar la vida por los demás, en el servicio concreto de cada jornada.

La Cruz sigue siendo, como en tiempo de San Pablo, «escándalo para los judíos, locura para los gentiles». De ahí la continua tentación de convertir el cristianismo en una ética, en una concepción

del mundo o en una doctrina social, como se advierte en cierta cansina literatura religiosa en la que Dios es sólo un tema. Este libro deja el sabor del compromiso de la fe, en el que ser cristiano es compartir la existencia de Jesucristo. ■

I.A.

EL TESTIMONIO DEL TIEPOLO

Greg Burke comenta las ilustraciones que acompañan la edición del nuevo libro de Mons. Escrivá de Balaguer.

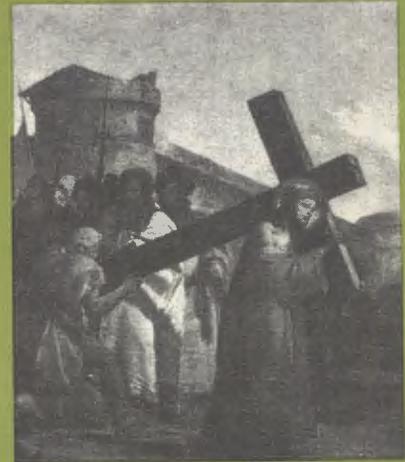
Maestro del barroco italiano, Giambattista Tiepolo realizó estas obras en 1747; algunos años después, en 1762, vino a España y aquí permaneció hasta su muerte en 1770.

Este Viacrucis se encuentra en la Iglesia de San Paolo en Venecia y, según los críticos, son de lo mejor de su obra. Quienes le conocieron hablan del pintor italiano como un hombre sincero que sabía transmitir con los pinceles toda la fuerza de sus sentimientos. Y estos cuadros son una prueba evidente porque, estación a estación, cada escena testimonia la profunda vida interior del Tiepolo.

Las 14 láminas que ahora contemplamos, fielmente reproducidas

en este libro, traslucen un infinito sentido de melancolía. El verde pálido y el ocre de muchas composiciones logran esa prodigiosa sensación de pena y misterio. La faz de Jesucristo queda siempre envuelta en tonos desvaídos para destacar la dureza del tormento. Y ese mismo dolor se puede apreciar en los retratos de la Virgen que, en la IV estación, cuando se encuentra con su Hijo, es presentada tan sólo de perfil; se oculta entonces el rostro de la Señora pero basta contemplar el de Jesús para ver reflejado en él todo el dramatismo de la escena.

Algunas vestimentas de los personajes son las propias del siglo XVIII italiano. Y sus figuras contrastan siempre con las rotundas imágenes de los soldados romanos. El patetismo embarga siempre al espectador. En la X estación, cuando Jesús es despojado de sus vestiduras, una mujer se destaca entre los presentes y, frente al resto, mira directamente al que contempla el cuadro. En sus ojos se pueden leer las palabras con que Mons. Escrivá de Balaguer comenta la escena: «Ahora comprendes cuánto has hecho sufrir a Jesús...»



Gracias al magnetismo de las escenas, el libro tiene con estas ilustraciones un complemento en adecuada sintonía con los propósitos de su autor: «Leer es recordar una cosa que pasó; vivir es hallarse presente en un acontecimiento que está sucediendo ahora mismo, ser uno más en aquellas escenas». El Tiepolo contribuye a ese acercamiento y lo hace con algo más que simples descripciones pictóricas de una realidad: consigue, por encima de todo, que el espectador se sienta testigo presencial del drama. ■

G.B.